
ARTÍCULOS

MISIÓN, FUNCIÓN Y FIN DE LA UNIVERSIDAD: UNA TRICOTOMÍA COMPATIBLE

FEDERICO F. DE BUJÁN*

* Profesor Titular de Derecho Romano en la UNED.

MISIÓN, FUNCIÓN Y FIN DE LA UNIVERSIDAD: UNA TRICOTOMÍA COMPATIBLE

FEDERICO F. DE BUJÁN

Mucho se ha escrito sobre la Universidad. Son muchos los maestros que han querido y sabido desgranar, en muchas páginas de sus obras, lo que debiera ser la esencia de esa institución secular de inteligencia crítica que llamamos Universidad¹. Muchas páginas, también de esas mismas obras, han querido y sabido denunciar las realidades fácticas que en su tiempo y circunstancias han desvirtuado la esencia del ser universitario. No pretendo yo con esta pequeña aportación, descubrir lo que debe ser y denunciar lo que no debe ser la institución universitaria. Mi propósito más humilde y por ello más realista, es intentar, desde mi propia reflexión personal condicionada por mis propias convicciones y experiencia, ofrecer algunos trazos que distingan netamente tres conceptos que, a veces, se utilizan indistintos en el análisis y la valoración de la realidad universitaria: misión, función y fin son tres conceptos, que aunque tangentes o incluso secantes, deben ser perfectamente diferenciados.

Comencemos por la misión, pues ésta es de esencia y define cumplidamente el ser universitario. Universidad. Su nombre evoca un lugar de encuentro. Una sede en la que se dan cita y se reúnen un conjunto de saberes. Un lugar en el que docentes y discentes, profesores y alumnos, conjugan su quehacer para hacer vida el conocimiento, la adquisición y la transmisión de la ciencia. Universidad pues, como conjunción de hombres y conocimientos, para que éstos

¹ Al ser tan abundante la bibliografía sobre este tema y tan vario su planteamiento, prefero evitar hacer mención de un elenco que pudiera considerarse incompleto o parcial.

penetren a aquéllos e irradien todo el cuerpo social... Así la Universidad tiene que cumplir una doble misión: cultivar la ciencia y transmitir el saber². Cultivar la ciencia, hacer avanzar el conocimiento es pues la primera misión —de esencia— de la Universidad, y en el cumplimiento de esta misión es el fomento de la investigación universitaria el principal objetivo a alcanzar. Por ello todo universitario debe ser un investigador. No es posible universitario sin este talante y esta conciencia de que la investigación científica es deber de todo docente de enseñanza superior. No existe Universidad sin investigación, ya que si una Universidad no investiga se transforma en una Universidad desnaturalizada. Este postulado institucional debe ser trasladado y encarnado en cada uno de los que componemos la comunidad académica universitaria, en cuanto que ésta es una comunidad docente y científica, por tanto formada por docentes con vocación científica que en su labor diaria contribuyen, cada uno en la medida de sus capacidades, a enriquecer la parcela del saber objeto de su particular docencia.

En este sentido, como afirma LÓPEZ ORTÍZ, «si la investigación no puede ser terreno que vede y acote la Universidad, pues excede a ésta, sí es en cambio algo a lo que ella no puede renunciar³. Por eso, la Universidad no es una institución educativa en la que se transmiten, en un nivel de enseñanza superior, unos saberes estancos. La Universidad, por el contrario, es una institución donde se transmiten unos saberes científicos y la ciencia está siempre en continuo movimiento, en constante avance. Se hace necesario estar siempre abierto a la nueva creación. Y crear es descubrir y descubrir, como ha dicho LAPLACE, es aproximar dos ideas que se hallaban separadas. Y así avanza el pensamiento, en la búsqueda de respuesta a todas las cuestiones que pueden plantearse en el devenir científico.

Así, el docente universitario no es sólo el que sabe explicar, con dotes pedagógicas y didácticas, el programa de una disciplina, sino el que además tiene la actitud y el talante de saber proyectar sobre los alumnos, sus dudas e interrogantes, sus problemas y soluciones, en suma, su inseguridad e incertidumbre, fruto de su permanente análisis⁴. Sin investigar, concluye LÓPEZ ORTÍZ, «el docente no vivificará sus enseñanzas, que se convertirán poco a poco en una repetición de temas desvaídos y lejanos en los que nada ha puesto y a los que no logra dar interés⁵».

En el luminoso prólogo que RAMÓN Y CAJAL incorpora con ocasión de la publicación de su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Exactas,

² Vid. F. DE BUJÁN: *La reforma de los estudios de Derecho. El nuevo plan de estudios: su valoración y análisis histórico y comparado*. Editorial Dykinson. Madrid 1992, pp. 26 y 27.

³ Vid. LÓPEZ ORTÍZ.

⁴ Vid. F. DE BUJÁN: *La reforma...*. cit. p. 27.

⁵ Vid. LÓPEZ ORTÍZ.

nuestro Premio Nobel reflexionaba así, ponderando las cualidades que deben concurrir en un investigador: «... en mis conversaciones con sabios ilustres he sacado la impresión (salvada tal cual excepción) de que la mayoría de éstos pertenecen a la categoría de las inteligencias regulares, pero disciplinadas, muy cultivadas y movidas por avidez insaciable de celebridad». Y continuaba su reflexión con el autoanálisis de su propia tarea: «¿es que poseo aptitudes especiales para la labor científica? Niégolo en redondo»; y al final concluía: «el secreto para llegar es muy sencillo; se reduce a dos palabras: trabajo y perseverancia»⁶.

En definitiva, puede afirmarse que el investigador no nace, se hace. Suele decirse que los resultados en la investigación son fruto en el uno por ciento de inspiración y en el noventa y nueve por ciento de transpiración. En definitiva, de esfuerzo y sacrificio. Es al final de una vida consagrada al estudio, a veces, cuando se obtienen los resultados de esa labor callada y constante.

Nunca se termina de aprender y el proceso de adquisición del saber es continuo, sin interrupción ni meta *semper discendes, nunquam pervenientes*. El camino se inicia cuando un joven universitario, postgraduado, decide consagrarse al estudio, la docencia y la investigación de una disciplina, bajo la tutela de un Director, en ocasiones se encuentra a un Maestro.

Creo que merece la pena que nos detengamos para reflexionar acerca de las cualidades que deben adornar a ese modelo paradigmático de docente universitario al que le concedemos el nobilísimo título de *Magister*.

Maestro es el que sabe, pero no sólo el que sabe, sino que es el que además de saber, también sabe compartir. Es el que su saber lo transmite y derrama en su enseñanza. Y así, este saber compartido es la esencia vital de todo magisterio fecundo. El saber de un Maestro que en su origen es un saber propio, personalísimo, casi patrimonial, por el derroche de esfuerzo y sacrificio que ha supuesto, se convierte inmediatamente alcanzado, en un saber para el otro, proyectado, dirigido hacia el discípulo, a fin de que éste se apropie del resultado de su estudio y pueda sobre base segura, construir firme sobre cimientos ajenos. Esta renuncia voluntaria a todo saber celosamente guardado, es la que transforma, desde la generosidad intelectual, a la simple enseñanza en luminoso magisterio.

Bien es verdad, que el auténtico magisterio tiene no obstante estos tintes de prodigalidad y desprendimiento, también abundantes y gozosas compensaciones. Así, la cosecha que toda siembra intelectual produce, en el terreno abonado

⁶ Vid. RAMÓN Y CAJAL: *Reglas y consejos sobre investigación científica. Los tónicos de la voluntad*. Editorial Espasa-Calpe. Colección Austral A. 232 Duodécima edición. Madrid 1991, pp. 11 a 17.

do de los discípulos que, con avidez y presteza, ponen a fructificar las semillas en ellos depositadas, supone para el Maestro el fruto bien granado que compensa todo esfuerzo y renuncia generosamente entregado.

En este sentido, afirma CAJAL que «aun miradas las cosas desde el punto de vista egoísta..., importa al sabio proceder a su multiplicación espiritual... Crecerán así sus desvelos, pero aumentarán también sus venturas»⁷.

¡Qué satisfacción o recompensa íntima, podrá compararse a la de constatar cómo los jóvenes discípulos hacen fructificar y a su vez transmiten a otros, lo que un día les fue a ellos transmitido! Y así, el saber no perece, sino que permanece, y por ello es vivificante y vivificador, pues como afirma LÓPEZ ORTÍZ, «reservarse un saber es hacerle perecer, confiarle a los discípulos es salvarlo para siempre»⁸. ¡Bienaventurados los Maestros en los saberes de sus discípulos!

Este Maestro, que dirigirá los primeros pasos de sus discípulos, debe entrenarlos en la difícil tarea investigadora con particular atención a cada uno de sus pupilos, de acuerdo con sus singulares actitudes y capacidades —aptitudes— para el desarrollo de la investigación científica. «En todo caso al Maestro, le incumbe la misión de abreviar esta preparación, orientando al discípulo, mostrándole los tajos de la investigación, guiándole en la pesquisa bibliográfica y sugiriéndole, en fin, la adquisición de cuantos conocimientos... puedan serle de provecho»⁹. ¡Cuántas jornadas, cuántos esfuerzos y trabajos han resultado infructuosos por no haber recibido los discípulos la adecuada y necesaria información de sus directores a fin de poder afrontar con éxito las primeras pesquisas en su tarea investigadora! ¡Bienaventurados los discípulos que tienen auténticos Maestros! Sin esta obligada formación y sin este necesario y oportuno consejo, todo esfuerzo, por ciclópeo que sea, puede resultar baldío. En muchas ocasiones será incluso por la propia osadía impulsiva, derivada de la apasionada juventud, la que el Maestro deberá moderar. Así, dice CAJAL, «propende ésta a la juventud se refiere a acometer los grandes problemas y estreñarse con una catedral, fuerza es moderar semejante ambición... haciendo ver al principiante la conveniencia de empezar por las pequeñas cuestiones... Más adelante, acrecida la capacidad especulativa, llegará el caso de llevar a cabo la grande obra ensoñada»¹⁰.

Retomando la exposición, decía que el camino se comenzaba cuando un joven se iniciaba en una parcela del saber con la lectura sosegada y meditada de los primeros manuales, que le ofrecen una visión sinóptica de toda la asig-

⁷ Idem. p. 149.

⁸ Vid. LÓPEZ ORTÍZ.

⁹ Vid. RAMÓN Y CAJAL: *Reglas y consejos...*, cit. p. 157.

¹⁰ Idem. p. 158.

natura. Es ésta una fase, en la que los conceptos básicos se adquieren firmes y seguros sin grandes dudas ni zozobras.

Más tarde, poco a poco, a medida que se va profundizando en conceptos e instituciones, surge la inseguridad y la inquietud. Lo que estaba firme, deja de ser seguro y el espíritu siempre anhelante y nunca satisfecho, avanza, con dificultad, en la búsqueda de respuestas que se antojan inciertas. La tercera fase, permanentemente inacabada para los que la alcanzan, se traduce en un estado de mayor quietud que el anterior, al menos en lo fundamental. Esto conlleva una poderosa luz y una cegadora claridad, para convertir lo complejo en sencillo y entregarlo así, a través del magisterio, a los discípulos que comienzan.

Pudiera pues compararse este proceso, a la andadura de un hombre a través de una vía de tren, al acercarse un túnel. Al principio se inicia la marcha con toda la luz exterior. Cuando comienza el túnel, a medida que se avanza, la claridad es menor y se va haciendo la oscuridad hasta llegar a un punto en que no existe más que penumbra. Es el momento de mayor oscuridad y por tanto el de mayor desconcierto. A partir de él, muy tenuemente, comienza otra vez a percibirse débiles haces de luz, que poco a poco se van haciendo más intensos hasta llegar a una perfecta claridad. Además, la diferencia de luz con la que se dejó atrás, al iniciar la andadura, es que aquélla era mesetaria, mientras que ahora esta luz es mucho más pura... es la luz de las cumbres de las montañas¹¹.

Y después del cultivo de la ciencia, como una consecuencia ineludible de su adquisición, es también misión de la Universidad, la transmisión del saber. Ello es el producto de que los bienes culturales por naturaleza no son excluyentes como lo son los bienes materiales, sino que el bien científico o cultural es un bien «per se» difusivo, pues su tenencia y disfrute por una persona no excluye a las demás. Además, todo saber no transmitido es, en cierta forma, un saber estéril, por eso puede decirse de todo universitario que sólo sabe lo que sabe transmitir.

Y es que la enseñanza, y por ende la transmisión del saber, es algo de lo que no se ha podido prescindir en ninguna circunstancia histórica cultural. Como advierte BENÍTEZ «no empieza desde luego en el siglo XII el proceso educativo. Aprendizaje, educación, transmisión de una riqueza de saberes de una generación a otra, lo ha habido siempre y en todas partes. El aprendizaje es consustancial con la humanidad. El hombre es el único ser que necesita aprender para existir... El hombre es la criatura de muchos posibles futuros, la única con libertad para aprender a ser distinta de lo que es»¹².

¹¹ Vid. F. DE BUJÁN: *La reforma...*, cit. pp. 28 y 29.

¹² Vid. BENÍTEZ: *Ética y estilo de la Universidad*. Ed. Aguilar. Madrid 1964, pp. 67 y 68.

Pues bien, la misión docente universitaria, por modesta que pudiera parecer en una concepción científica de la Universidad, es absolutamente imprescindible para la civilización. Dicho de otra manera, en el mundo de la cultura, a diferencia del mundo artístico no existen los autodidactas; todo hombre que ha penetrado en una parcela del saber, se ha aprovechado siempre de los conocimientos previos alcanzados por otros en esa misma parcela. Este carácter específicamente dependiente de todo saber científico convierte en trascendente la misión de enseñar. Por ello, el Sócrates de inspiración platónica de Menón, pretendiendo minusvalorar la misión del Maestro en su tarea de educar al discípulo, no constituye más que un espléndido ejercicio de ironía. El conocimiento no está como pretende este Sócrates platónico, innato en la naturaleza humana, debiendo pues sólo ser despertado del reino del olvido, sino que en verdad, el conocimiento es objeto de transmisión de unos hombres —el Maestro competente— a otros —el discípulo aventajado—, a fin de que éstos lo hagan suyo y formulen desde el mismo otras preguntas y respuestas que supongan un nuevo avance en el saber aprendido. Nadie pues, aprende jamás solo.

La Universidad tiene como misión enseñar, pero en razón a su carácter de Enseñanza Superior ha de transmitir lo por ella creado, investigado, descubierto y alcanzado. Su misión —docente— no es por tanto transmitir unos saberes otrora aprendidos, sino un saber en continuo progreso, por ello un saber provisional, no definitivo. Así, el profesor universitario será ese espíritu portador de unos saberes, por cuya palabra se despierta la inquietud en el alumno, intentando transformarle no sólo en destinatario y receptor de la enseñanza, sino además en un nuevo espíritu, que indague y se cuestione el saber recibido.

En este sentido, como afirma GINER DE LOS RÍOS, «la Universidad no puede concebirse ni tiene razón de ser sin el estudiante, ya que es éste y no el maestro el primer elemento de la Universidad»¹³, lo contrario la convertiría en un reducto científico de investigadores que cultivan unos saberes, desconectados de la esencial finalidad de transmitirlos. En el mismo sentido de convertir al alumno, destinatario de la enseñanza, en la pieza clave de todo el proceso educativo, recordaba ORTEGA: «¿Cuál fue el gran paso en la historia entera de la pedagogía? Sin duda aquel viraje genial inspirado por... el idealismo alemán que consistió en radicalizar algo perogrullesco. En la enseñanza hay tres términos: lo que habría que enseñar —el saber—, el que enseña o maestro y el que aprende o discípulo. Pues bien, con inconcebible obcecación la enseñanza partía del saber y del maestro... La innovación de ROUSSEAU y sus sucesores fue trasladar el fundamento de la ciencia pedagógica del saber y del maestro al dis-

¹³ Vid. GINER DE LOS RÍOS: *Escritos sobre la Universidad Española*. Editorial Espasa Calpe. Colección austral. Pensamiento A 148. Edición a cargo de Teresa Rodríguez Lecea. Madrid 1980, p. 134.

cúpulo y reconocer que son éste y sus circunstancias peculiares lo único que puede guiarnos»¹⁴.

¿Y de qué cualidades debe estar adornado este docente universitario para encarnar adecuadamente la alta misión que le corresponde desempeñar? En primer lugar, ya lo hemos dicho y no queremos insistir más en ello, debe ser un verdadero científico. Por su actitud de continuo estudio, su talante inquieto y la honestidad de su investigación.

En segundo lugar, debe ser un adecuado pedagogo. Se trata de saber transmitir, de saber poner al alcance del alumno los resultados a veces muy complejos del saber científico. En tercer lugar, debe ser un animador de actitudes científicas.

La dificultad no está tanto en transmitir la ciencia, como en crear un espíritu capaz de descubrirla. Es claro que hoy, no debe considerarse adecuado «a los fines de la formación del espíritu científico, conseguir transmitir *la ciencia* entendida como construcción libresco prefabricada, dispuesta en porciones y lista para ser transmitida poco a poco mediante el acostumbrado mecanismo de la explicación-repetición»¹⁵. Así, no sólo basta que se sepa y se sepa transmitir, sino que es necesario saber presentar el saber transmitido como un saber inacabado, sobre el que el alumno pueda continuar indagando.

Por último, debe también, en ideal encarnado, exigirse a este docente universitario que sepa transmitir algo inmanente a su propia personalidad. «Que interrogue aquí cada uno a su memoria y le pregunte lo que ha conservado de los recuerdos relacionados con la numerosa casta de maestros que contribuyeron a su educación. Algunos se han borrado sin dejar ningún rastro y entre aquéllos cuya imagen subsiste, no todos han corrido la misma suerte. Recuerdo a éste o a aquél que me enseñó ésta o aquella materia... Otros han dejado un recuerdo más vivo; he olvidado casi completamente la materia... que me daban. Pero veo todavía alguno de sus gestos, alguna de sus actitudes, oigo todavía aquella frase que venía a punto y hacía pensar... En todos estos casos la memoria viene vinculada a algo que estaba fuera del saber propiamente dicho»¹⁶.

Docencia universitaria, debe ser así, radicalmente distinta de la docencia en la enseñanza media, pues la desproporción entre el profesor y el alumno que existe en ésta última en aquella se reduce. «Es cierto que en la Universi-

¹⁴ Vid. ORTEGA Y GASSET: *La misión de la Universidad*. Obras completas. Alianza Editorial. Madrid 1983. Tomo IV, p. 327.

¹⁵ Vid. BRUNO CIARI: *Modos de enseñar*. Ferrán Pellissa Editor, Barcelona 1979, p. 25.

¹⁶ Vid. GUSDORF: *¿Para qué los profesores?* Editorial Cuadernos para el Diálogo. Colección Divulgación Universitaria, nº 23. Madrid 1973, pp. 54 y 55.

dad al profesor... se le supone un saber extenso..., pero también el estudiante irá afirmándose en su propia madurez y estará capacitado para juzgar a su maestro»¹⁷. Este alumno, cada vez más formado, debe ser participativo y crítico. ¡Cuánta satisfacción para el profesor, qué gratificante para el docente, encontrar ansiosos y estimulantes receptores de sus enseñanzas! Fruto de ello, cuántos textos —manuales y tratados— inician sus páginas con frases gratulatorias a los alumnos, que en los muchos años de docencia han hecho posible la elaboración de aquellos primeros apuntes, germen del hoy bien granado manual.

Por otra parte, en la docencia no se trata de predicar verdades, sino de explicar ideas. Así, para transmitir de acuerdo con el espíritu auténticamente universitario, se hace preciso no predicar dogmas ni verdades absolutas, en aquello que en su misma esencia es relativo, bien entendido que con esto tampoco pretendo presentar el conocimiento científico —y su transmisión— como neutro o aséptico, con independencia o haciendo abstracción de la valoración que ha merecido a otros y merece a nosotros mismos. Creo que lo neutro es una actitud *contra natura*, por cuanto que el hombre, como ser racional creado por Dios, tiende naturalmente a enjuiciar y valorar cualquier conocimiento o cualquier idea que se somete a su consideración. «Así, el maestro transmite su saber y después juzga al estudiante, pero en su transmisión también se siente juzgado por el alumno. El maestro... necesita encontrar en la aprobación del estudiante el reconocimiento de su valor»¹⁸.

En síntesis, con la misión docente, la Universidad hace algo más que transmitir un saber científico. Por ello, como afirma GUSDORF, «Más allá de la función propiamente epistemológica de la enseñanza, dispensadora de un saber, se ejerce una función espiritual que corresponde a un sobrante de significaciones»¹⁹.

Una vez expuesta la doble misión científica y educativa —de esencia— que la Universidad debe alcanzar, creo que estamos en condiciones de delimitar la función que la Universidad debe hoy cumplir, a fin de servir adecuadamente a los intereses sociales de nuestra circunstancia histórica presente. Bien entendido que la hipertrofia de la función pudiera llegar a abnegar la esencia de la misión, provocando una realidad académica que pudiera ser indigna de llevar el nombre de Universidad.

En este sentido, si el modelo universitario medieval, que convertía al saber en una construcción dogmática y definitiva, se ha visto radicalmente superado y el modelo alemán, que encontraba su definición nuclear en la

¹⁷ Idem. p. 61.

¹⁸ Ibidem.

¹⁹ Vid. GUSDORF: *¿Para qué los profesores?* cit. p. 79.

constante producción investigadora, se ha demostrado insuficiente, creo que hoy la tentación pudiera ser reducir la Universidad a una institución que sirva *exclusivamente* a los efímeros y cambiantes intereses sociales, a través de la mera y simple formación *profesional* de sus alumnos. Ya a fines del pasado siglo denunciaba CAJAL esta orientación profesional de la Universidad y propugnaba una política científica, como obligación inexcusable del Estado, en la que concretaba como modo de acción la de «transformar la Universidad, hasta hoy casi exclusivamente consagrada a la colación de títulos y a la enseñanza profesional, en un Centro de impulsión intelectual, al modo de Academia, donde la Universidad representa el órgano principal de producción filosófica, científica e industrial»²⁰. La Universidad debe rechazar definitivamente todo aquello que pretenda reconducirla y reducirla a un conjunto organizado de escuelas independientes, que transmiten exclusivamente unos saberes cuyo aprendizaje habilita para el desempeño de una determinada profesión.

Esta concepción, estrictamente profesional, supone una utilización de la Universidad por el Estado, subordinándola al poder central y privándola de su autonomía, para anular su intrínseca unidad científica y convertirla en un conjunto inconexo de escuelas profesionales independientes que, como pretendió Napoleón, sirvan mejor a los intereses del Imperio. Esta mal llamada Universidad profesional, más que un modelo de Universidad es en palabras de GARCÍA MORENTE, una perversión del ideal universitario²¹.

En el mismo sentido afirmaba GINER DE LOS RÍOS: «¿Qué le debe pedir la Universidad al Estado? Sin duda y ante todo lo que Diógenes a Alejandro: que no nos quite el Sol»²².

Por eso rechazamos no sólo la tan vituperada imagen de una Universidad expedidora de títulos²³, sino aquellas otras, que pretenden que la Universidad esté guiada exclusivamente, en la organización de sus estudios y en la orientación de sus investigaciones, por las necesidades profesionales del tiempo presente.

Lo contrario sería —como hemos afirmado— anular la misión que está llamada a alcanzar, con la función que debe cumplir. Sería *confundir lo permanente por lo mutable y la misión con la función*. Bien entendido que misión y función son a la par importantes pero diferentes y ambas deben ser respetadas.

²⁰ Vid. RAMÓN Y CAJAL: *Reglas y consejos...*, cit., p. 161.

²¹ GARCÍA MORENTE: *Escritos pedagógicos*. Editorial Espasa Calpe. Colección Austral. Madrid 1975, pp. 60 y 61.

²² Vid. GINER DE LOS RÍOS.

²³ Vid. F. DE BUJÁN: *La reforma...*, cit.

En este sentido, la Universidad no debe eludir el compromiso social que se traduce fundamentalmente en de formar los profesionales que la sociedad necesita. Pero en el entendimiento de que esta función, no es de esencia en la Universidad, sino de servicio. Así, la *Universidad es*, en tanto que en ella se cumplan sus dos misiones esenciales: cultivar la ciencia y transmitir el saber. Además, la *Universidad sirve* a los intereses socio-profesionales, en cuanto que en ella y desde ella se forman quienes después van a desempeñar los distintos cometidos que son precisos en la sociedad y a la vez ejerce el necesario control sobre los títulos oficiales, a fin de garantizar el correcto ejercicio de los mismos.

En este sentido MACÍA afirma: «Se puede instrumentalizar la Universidad para diversos fines: por ejemplo, se puede poner como medio para expedir títulos académicos...; esto degrada a la institución y a su fin a la categoría de mero medio o instrumento para lograr otra cosa que no es el fomento del saber superior. No importa tanto la finalidad a la que sirve como lo que le ocurre a la institución —una transformación profunda— por constituirse en instrumento»²⁴.

Creo que un mejor cumplimiento de su doble misión —científica y docente— redundará en un más adecuado cumplimiento de su función profesional, toda vez que los mejores profesionales se formarán con los mejores profesores que sean a la par reconocidos científicos y acreditados pedagogos.

Ahondando en el contenido de la función profesional, a mi juicio, creo que cada vez más, debido a un progresivo proceso de tecnificación y especialización de la actividad que un Titulado Superior puede desarrollar en el ámbito socio-profesional, debe propiciarse un contacto más profundo y constante entre la Universidad y la Sociedad. Se trataría así de construir, desde y sobre la preparación científica y académica proporcionada por la Universidad, el edificio de la preparación profesional, sin que sea necesario esperar al término de la Licenciatura para iniciarse en el ejercicio práctico de los conocimientos adquiridos.

La Universidad, que en su misión fundamental de cultivo de la ciencia es —y debe ser— esencialmente especulativa y por ello debe promover una investigación científica, que no siempre debe estar informada por un sentido práctico o utilitarista del saber²⁵; no obstante, no debe perder de vista, como uno

²⁴ Vid. MACÍA: *Universidad y Democracia*. Cupsa Editorial - Servicio de Publicaciones Universidad de Oviedo. Madrid 1978, pp. 22 y 23.

²⁵ Quizá se ha tenido a diferenciar en exceso entre una investigación teórica y otra práctica. En este sentido afirma CAJAL: «Otro de los vicios del pensamiento que importa combatir a todo trance es la falsa distinción entre ciencia teórica y ciencia práctica, con la consiguiente alabanza de la última y el desprecio sistemático de la primera... ¿Habría alguno tan menguado de sindéresis que no repare que allí donde los principios o los hechos son descubiertos brotan también, por modo inmediato, las aplicaciones?... Cultivemos la ciencia por sí misma sin considerar por el momento las aplicaciones. Éstas llegan siempre». Vid. RAMÓN Y CAJAL: *Reglas y consejos...*, cit. pp. 41 y 42.

de los nortes informantes de su quehacer, que es función suya la formación de buenos profesionales, ya que el porcentaje más elevado de los alumnos que pasan por sus aulas no se van a quedar al término de sus estudios en la comunidad universitaria, sino que van a encaminarse ilusionados al mundo profesional para ejercer y aplicar de forma práctica, real y viva, aquellos conocimientos que fueron aprendidos en su paso por el Alma Mater Studiorum que un día abandonaron. Por ello, debe procurarse que el inicio de la actividad profesional no suponga un cambio brusco o traumático para el postgraduado, que se sienta inseguro ante una realidad extraña por lo distante y desconocida e indefenso con una Titulación que le habilita formalmente pero no materialmente, para iniciar con seguridad sus primeros pasos en el ejercicio profesional.

Se hace así necesario, y no sólo conveniente, crear vínculos recíprocos que rompan esa neta separación que a veces se deja sentir especialmente entre la Universidad y la Sociedad. Y qué duda cabe que una parcela destacada de la realidad social la constituye, para el ejercicio profesional de un joven Titulado, el mundo empresarial.

En este sentido, los trabajos en prácticas durante estancias cortas sacando provecho de los períodos estivales escolares, o la realización de actividades que puedan ser computadas como créditos reconocidos académicamente, pueden, a mi juicio, contribuir a ir creando un clima de mutua relación, que introduzca al universitario en la varia y plural realidad social, profesional y empresarial que va a constituir su destino una vez Licenciado.

Ahora bien, a pesar de la especialísima y radical profesionalización que estamos viviendo o incluso por ella misma, creo que la Universidad debe seguir manteniendo como misión docente, la de lograr aportar al estudiante una formación estable y permanente, que adapte su mente y desarrolle sus capacidades intelectuales, evitando caer, por tanto, en una visión en exceso ajustada a un sentido estrictamente utilitarista del saber. Paradójicamente, hoy más que nunca, se trata de formar y no sólo de informar, de lograr un bagaje cultural, académico y científico. Este último, dentro de una particular rama del saber, a fin de poner al postgraduado en disposición de construir, desde y sobre su preparación científica, el edificio de la preparación profesional, de modo que ésta, conseguida en gran medida fuera de la Universidad, sea la más adecuada y específica —en síntesis la más profesional— y en correspondencia con la concreta tarea que vaya a desempeñar en el particular ejercicio práctico del saber.

Así, se hace cada vez más frecuente en las grandes empresas y las más prestigiosas firmas el que el candidato preseleccionado, en base a una titulación exigida, a un brillante expediente académico y al dominio de una o varias lenguas extranjeras, pase un período más o menos largo de formación a cargo de la empresa. Es claro que la generalización de este período de formación profe-

sional, que en algunos casos incluso concluye con la selección definitiva de unos pocos, que son los que se incorporan a la empresa, revela un particular y decidido interés de la empresa de formar personalmente sus propios cuadros directivos, inculcándoles su estilo e incidiendo en lo más específico de la tarea que están llamados a desempeñar. Estos vientos, que encuentran su origen en el oeste y proceden del otro lado del océano, se han convertido en práctica frecuente en los países de nuestro viejo continente. Así las cosas, ¿qué es lo que una empresa está pidiendo al candidato preseleccionado? En primer lugar, una sólida formación académica y científica en el campo específico de su Titulación. Esta formación se acredita o bien con la exhibición del expediente académico o bien con la realización de unas pruebas de verificación de conocimientos. Bien entendido que con éstas se trata de buscar una cabeza no sólo bien informada —llena de conocimientos—, sino bien formada, es decir, capaz de abordar con seguridad el planteamiento lógico de cualquier cuestión práctica que se le pueda formular.

En este sentido, creo que el empresario de hoy podría decirle a la Universidad: Dadme un muchacho capaz, culto y con una cabeza bien formada en el conocimiento y el cultivo de su propia parcela del saber, que ya me ocuparé yo de informarle con todo lo que sea necesario, para que desarrolle con eficacia su cometido profesional.

Y si esto es así, es formación permanente la que debe proporcionar la Universidad, frente a información circunstancial y coyuntural. Se trata, utilizando el conocido símil marinero, de enseñar a navegar y no de descubrirle todo el mar, que por inabarcable es metafísicamente inabordable.

En segundo lugar, creo que cada vez más el mundo empresarial y laboral tiende a evaluar el nivel cultural de los candidatos a un puesto de trabajo. En suma, se trata de apreciar un cierto espíritu y talante, con arreglo al cual ningún saber debe ser totalmente extraño. Un estilo que responda a su efectivo paso por la Universidad y por las aulas universitarias, un cierto afán de conocer, que se traduzca en una inquietud de saber.

Es este espíritu el que capacita al futuro profesional, sobre la base de unos conocimientos teóricos sólidamente comprendidos y no sólo aprendidos, para abordar con competencia todo quehacer profesional, poniendo en juego su capacidad intelectual y reflexiva, en el adecuado planteamiento y resolución de cualesquiera cuestiones prácticas, que puedan someterse a su consideración y valoración.

Por ello hoy, a pesar de la «hiperprofesionalización de los cometidos profesionales», el modelo de Universidad profesional al modo napoleónico no es el que mejor sirve a los intereses de la sociedad en general ni siquiera del mundo empresarial en particular.

Y por último, ¿cuál es el fin de la Universidad? Al hablar de fin queremos expresar la última *ratio*, la razón de ser que trasciende todo tiempo y toda circunstancia social; el fin es por tanto genuino, original, presente y futuro. Es fin aquello a lo que nunca se puede renunciar, pues está en la concepción y preside el actuar, como meta a la que se debe tender. En este sentido atemporal y nuclear, el fin de la Universidad, a mi juicio, es la trasmisión de la cultura.

Bien entendido que la cultura es un concepto bien diferenciado de la ciencia. El ideal científico consiste en el progreso ininterrumpido en las distintas parcelas del saber individualmente consideradas, aunque necesariamente interrelacionadas. El sabio, el científico, es el experto en un campo del saber, en una materia o disciplina: en matemáticas o en filología. Por el contrario, el ideal cultural supone la comprensión todo el conjunto de ideas y creencias sobre las que asentar la existencia humana en su relación con las realidades del mundo. La cultura, como afirma ORTEGA, «es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento»²⁶.

Este ideal cultural es el que estuvo presente en el ámbito universitario como único quehacer académico en el momento fundacional de las Universidades Medievales. Así, en el Medievo²⁷, la Universidad era un reducto de transmisión de la cultura, que se había desplazado de los monasterios a esas primeras corporaciones de estudiantes —así, Bolonia— o de maestros —así, la Sorbona—. En este trance histórico, el monje y el clero, que cultivaban el saber en sentido integral y global, omnicompreensivo a todo conocimiento existente, que fue durante siglos, desde la erección de los primeros cenobios benedictinos la encarnación de lo culto, fue sustituido —en muchos casos integrado—, por el universitario —estudiante y maestro—, que se ocupó desde entonces, en el aprendizaje, la adquisición y la trasmisión de la cultura.

Es pues necesario concebir el fin último del quehacer universitario, como una dedicación entusiasta a la tarea de propagar la cultura. Este fin último es indudablemente un fin social, en cuanto que su cumplimiento no revierte en beneficio de la institución universitaria, sino que se proyecta sobre todo el cuerpo social organizado. En este sentido, puede afirmarse que en gran medida el porvenir de una sociedad dependerá del correcto cumplimiento del fin cultural que lleve a cabo su Universidad. Como afirma GINER, «La Universidad,

²⁶ Vid. ORTEGA Y GASSET: *Misión de la Universidad*, OOCC, cit. p. 321.

²⁷ Como recuerda ALVARO D'ORS, las tres Universidades medievales arquetípicas tienen un origen diverso «Si la de París surge en una escuela catedralicia constituida por Doctores y la de Bolonia en una escuela comunal y consiste principalmente en una agrupación de *naciones* de escolares, la Universidad de Montpellier surge de una organización hospitalaria, principalmente del Hospital del Espíritu Santo...». Vid. A. D'ORS: «Sistema de las Ciencias». Vol. III. Eunsam. Pamplona 1974. pág. 117.

como el más alto órgano en la serie de las instituciones escolares, debe servir para la educación total del hombre»²⁸. Y en esta función educadora debe el fin cultural presidir, como fin último, todo actuar universitario.

Y concluyo. Si son misiones de la Universidad el cultivo de la ciencia y la transmisión del saber, si es función, compatible con dichas misiones, coadyudar decisivamente en la correcta y adecuada formación que precisa todo universitario para desempeñar con competencia y rigor los distintos cometidos profesionales que la sociedad en cada momento requiera, y si es el fin último de la Universidad ser un centro de cultura —en el que ningún saber debe ser extraño o ajeno— que tienda a educar y ennoblecer el espíritu humano, para conseguir un ideal de hombre, que transforme nuestro mundo y sus injustas estructuras sociales, creo que esta tricotomía es perfectamente compatible.

Así, la misión científica, la función profesional y el fin cultural, son concurrentes y no excluyentes. Sólo se precisa que unos y otros lo creamos posible y no utópico y por ello inalcanzable. Sólo desde este convencimiento podemos hacerlo armoniosa realidad en nuestro cotidiano quehacer diario.

Termino haciendo más unas esclarecedoras palabras de GARCÍA MORENTE: «Imaginad empero una reunión de hombres que se complementen todos y cuyas actividades diferenciadas convergan todas en ese supremo fin de la cultura; imaginad alrededor de esos hombres una impaciente juventud que se aferra por adquirir a su lado la profundidad y la maestría productoras y que cargada con el peso de la Historia y consciente de su responsabilidad trabaja con fe por acrecentar y densificar las realidades patrias; imaginad todo eso, fuertemente unido por una íntima comunión en el espíritu, y tendréis realizado el ideal humanista, no ciertamente en un individuo, pero sí en un organismo concreto y viviente. Tal es, la remota Universidad que soñamos»²⁹.

²⁸ Vid. GINER DE LOS RÍOS: *Escritos sobre la Universidad...*, cit.

²⁹ Vid. GARCÍA MORENTE: *Escritos pedagógicos*, cit., p. 51.